

ARTÍCULOS

(2001-2007)

Leonardo Boff

OPCIÓN TIERRA

La marca registrada de la Iglesia de la liberación, con su correspondiente reflexión, reside en la opción preferencial por los pobres, contra la pobreza y en favor de la vida. En los últimos años empezó a percibirse que la misma lógica que explota a las personas, a otros países y a la naturaleza, explota también a la Tierra como un todo, a causa del consumo y de la acumulación a nivel planetario. De ahí la urgencia de incluir en la opción por los pobres al gran pobre que es la Tierra. La opción hoy no es tanto por el desarrollo –ni aunque fuera sostenible–, ni por los ecosistemas en sí, sino por la Tierra. Ella es la condición previa para cualquier otra realidad. Hay que salvar la Tierra.

El informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) que involucró a 2500 científicos de 130 países, reveló dos datos aterradores. Primero, el calentamiento global es irreversible y ya estamos dentro de él; la Tierra busca un nuevo equilibrio. Segundo, el calentamiento es un

fenómeno natural, pero que se aceleró enormemente después de la revolución industrial debido a las actividades humanas hasta el punto de que la Tierra ya no consigue autorregularse.

Según James Lovelock, en *La venganza de Gaia* (2007), anualmente se lanzan a la atmósfera cerca de 27 mil millones de toneladas de dióxido de carbono, que, condensadas, equivaldrían a una montaña de un kilómetro y medio de altura con una base de 19 kilómetros de extensión. Es la causa del efecto invernadero que, según el Grupo, puede elevar todavía la temperatura global en este siglo entre 1,8 y 6,4 grados centígrados. Con las medidas que posiblemente se van a tomar, una elevación de 3 grados se considera como la más probable, pero inevitable. Las consecuencias serán incontrolables, los océanos subirán de 18 a 59 cm., inundando ciudades del litoral, como Río de Janeiro, habrá una devastación fantástica de la biodiversidad y millones de personas corren peligro de desaparecer.

Jacques Chirac, presidente de Francia, a la vista de estos datos ha dicho con acierto: «Ha llegado la hora de una revolución en el verdadero sentido de la palabra: una revolución de las conciencias, de la economía y de la acción política». Efectivamente, aunque no podemos detener la marcha del calentamiento, podemos por lo menos desacelerarlo mediante dos estrategias básicas: adaptarnos a los cambios, quien no se adapta, corre el peligro de morir; disminuir las consecuencias letales, permitiendo la supervivencia de Gaia, de los organismos vivos, y, especialmente, de los humanos.

A las tres famosas erres: reducir, reutilizar y reciclar, hay que añadir una cuarta: rearborear todo el planeta, ya que son las plantas quienes capturan el dióxido de carbono y reducen considerablemente el calentamiento global.

Esta cuarta erre es fundamental para la conservación de la Amazonia. Sus selvas húmedas son las grandes reguladoras del clima terrestre. El desafío es cómo combinar el desarrollo con el mantenimiento de la selva en pie. No podemos deforestar al nivel que se estaba haciendo. Pero no somos ni de lejos los campeones de la deforestación, como recientemente ha revelado E.E.Moraes en su libro *Cuando el Amazonas desembocaba en el Pacífico* (2007). África mantiene solo el 7,8% de su cobertura forestal, Asia, el 5,6%, América Central el 9,7%, y Europa, que es la que más nos acusa, apenas el 0,3%. Brasil aún conserva el 69,4% de sus selvas primitivas y el 80% de la selva amazónica.

Esto no disculpa nuestros niveles de deforestación ni es motivo de orgullo, es un desafío a nuestra responsabilidad mundial para el bien del clima de todo el Planeta. Ecologizar la política y la economía

El día 31 de octubre, ante los medios de comunicación de todo el país, el presidente reelecto Luiz Inácio Lula da Silva, hizo un pronunciamiento de gran relevancia. Estableció claramente las metas de su segundo mandato: desarrollo, distribución de la renta y educación de calidad. Dejó claro que va a gobernar para todos pero preferencialmente para los pobres y excluidos. Para quien viene de la teología de la liberación, esto es colirio en los ojos irritados, pues la marca registrada de este tipo de teología es la opción preferencial por los pobres contra la pobreza y a favor del desarrollo integral, de la redistribución de la renta y de la educación para el cuidado. Estos tres ejes podrán redireccionar la historia de nuestro país, con menos diferencias y más inclusión social. No podemos menos que apoyar tal propósito.

Pero en este programa hay una ausencia que ya se hizo notar durante la campaña. Ninguno de los candidatos se refirió a la cuestión ecológico-ambiental. Tenemos que reintroducirla, porque, sin ella, las tres metas del gobierno, dentro de pocos años, podrán ser totalmente inviables. El presidente debe tener una visión estratégica de futuro del país y de la humanidad, pues su ausencia puede ser irremediable.

En primer lugar es importante ecologizar la política y la economía. Me explico: hay que entender sistémicamente todos los problemas. Las cuestiones económicas, políticas, sociales, éticas y espirituales son interdependientes. Hay que superar el paradigma –superado ya en la teoría– que separaba y atomizaba las distintas instancias. Porque están inter-retro-conectadas, las soluciones deben ser incluyentes. La transversalidad, tesis de la ministra Marina da Silva, debe dar la tónica en la implementación de los tres ejes del gobierno.

En segundo lugar, hay que tomar en serio lo que grandes nombres de la ciencia y los informes oficiales de organismos que estudian el estado de la Tierra nos están advirtiendo desde hace tiempo: El tipo de desarrollo y de educación dominantes están destruyendo el planeta Tierra. En nombre del desarrollo se explotan en forma ilimitada todos los recursos para que haya más y más consumo, sin el cual el sistema económico-financiero se hunde. Si la voracidad de este sistema sigue, antes del 2050 necesitaremos dos Tierras para atender a la demanda de la humanidad, nos dice el informe «Planeta vivo 2006» del Fondo Mundial para la Naturaleza. James Lovelock, formulador de la Teoría Gaia, la Tierra como superorganismo vivo, advirtió en la revista *Veja* del 25 de octubre de este año: «hasta finales del siglo es posible que desaparezca el 80% de la población humana» a consecuencia del sobrecalentamiento de la Tierra. Y añade: «prácticamente todo el territorio brasilero será demasiado caliente y seco para ser habitado».

De ser esto probable, o incluso verdadero, ¿cómo debe ser el desarrollo y la educación que propone Lula? Tenemos que cualificarlos ecológicamente para que nuestros hijos y nietos no se vuelvan contra nosotros y nos maldigan porque fuimos advertidos del desastre y poco o nada hicimos.

No basta decir: tenemos a la ministra Marina Silva, responsable del proyecto «Vamos a cuidar de Brasil». Todos tenemos que participar. A ella el presidente Lula le debería agregar al ex-gobernador Jorge Viana de Acre como Ministro de Estado porque él tiene conciencia lúcida de estas cuestiones y representaría a toda la región amazónica, llave para el equilibrio futuro de la vida y de la Tierra. Apoyemos las metas del presidente enriqueciéndolas con esta mirada ecológica integradora.

NATURALEZA DESPIADADA

El cataclismo del sudeste asiático revela lo que la naturaleza es en sí misma: puede ser madre generosa como también madrastra despiadada. Es lo que todo el universo y nosotros individualmente somos: la coexistencia de lo simbólico con lo diabólico, de la armonía con la devastación. El maremoto y las olas gigantes no consultaron a nadie, ni a Bush ni al Papa. Arrasaron todo a su paso, indiferentes a la muerte de millares y al sufrimiento de millones de víctimas. ¿Por qué tiene que ser así? Ya lo hemos escrito aquí: es un misterio aterrador. Abatidos, mantenemos la esperanza, quejosos con el Creador.

Intentemos por lo menos tratar entender. Nos dicen los geólogos que la Tierra surgió en el periodo arqueano hace 4.440 millones de años. Todavía estaban sin formar los continentes, sólo inmensas islas volcánicas emergían de las aguas que cubrían todo el globo. Hace unos 3.800 millones de años emergieron vastas extensiones de tierra, dispersas aquí y allá y siempre en movimiento. Fueron juntándose, con grandes fricciones, de suerte que mil millones de años después formaron los continentes. Flotando sobre una capa de basalto fueron moviéndose hasta reagruparse en un único gran continente llamado Pangea. Durante unos 50 millones de años este supercontinente circuló por el globo. Millones de años después Pangea se fracturó y lentamente se originaron los continentes que conocemos hoy. Debajo de ellos están siempre activas las placas tectónicas, presionándose (produciendo las montañas) y chocándose unas con otras o superponiéndose y alejándose, movimiento llamado de deriva continental. Cada vez que se chocan producen cataclismos inimaginables.

La Tierra conoció 15 grandes extinciones masivas de especies de vida. Dos de ellas se mencionan

siempre por haber reorganizado completamente los ecosistemas tanto en la tierra como en el mar. Una ocurrió hace 245 millones de años, con ocasión de la ruptura de Pangea. Fue tan devastadora que desaparecieron entre 75 y el 95% de las especies de vida entonces existentes. La otra ocurrió hace 65 millones de años, causada por alteraciones climáticas y cambios en el nivel del mar, culminando con el impacto de un asteroide de 9.6 km que cayó en América Central produciendo incendios infernales, maremotos gigantes, masas de gases venenosos y un largo oscurecimiento del sol. Las plantas y los animales que vivían de ellas, murieron. Los dinosaurios, que durante 130 millones de años dominaron, soberanos, sobre la Tierra, desaparecieron totalmente, así como el 50% de todas las especies de vida. La Tierra necesitó 10 millones de años para rehacer su incontable diversidad.

Geólogos y biólogos sostienen que una tercera gran devastación está en curso. Se inició hace 2 millones 500 mil años cuando extensos glaciares comenzaron a cubrir parte del planeta, alterando los climas y los niveles del mar. Coincidentemente surgió en esta época el homo habilis que inventó el instrumento para dominar mejor la naturaleza. Él equivale a un meteoro rasante mortífero. Su práctica irresponsable está acelerando hoy el proceso de extinción.

Estamos, pues, a merced de fuerzas incontrolables que pueden destruir nuestra especie como destruyeron tantas otras en el pasado. La vida, sin embargo, nunca fue exterminada. Después de cada extinción hubo una nueva génesis. Dado que la inteligencia y la conciencia están primero en el universo y después en nosotros, ellas continuarán en otros seres. Ojalá estos demuestren mejor comportamiento que nosotros. Y permitan a la vida irradiar

PARADIGMA PLANETARIO

La globalización conlleva un fenómeno más profundo que el económico-financiero. Implica la inauguración de una nueva fase de la historia de la Tierra y de la Humanidad. Para entenderlo, el filósofo de las Ciencias Thomas Kuhn y el físico cuántico Fritjof Capra introdujeron en el debate la cuestión del cambio de paradigma. Sí, estamos cambiando de paradigma civilizacional. Con esto queremos decir que está naciendo otro tipo de percepción de la realidad, con nuevos valores, nuevos sueños, nueva forma de organizar los conocimientos, nuevo tipo de relación social, nueva forma de dialogar con la naturaleza, nuevo modo de experimentar la Última Realidad y nueva manera de entender al ser humano en el conjunto de los seres.

Este paradigma naciente nos obliga a realizar travesías progresivas: tenemos que pasar de la parte al todo, de lo simple a lo complejo, de lo local a lo global, de lo nacional a lo planetario, de lo planetario a lo cósmico, de lo cósmico al misterio y del misterio a Dios. La Tierra no es simplemente la adición de lo físico, lo vital, lo mental y lo espiritual. Ella encierra todas estas dimensiones articuladas entre sí, formando un sistema complejo. Esto nos permite entender que somos todos inter-dependientes. El destino común se ha globalizado. Ahora o cuidamos de la Humanidad y del Planeta Tierra o no tendremos ningún futuro. Hasta hoy podíamos consumir sin preocuparnos por el agotamiento de los recursos naturales, podíamos usar el agua como queríamos sin conciencia de su extrema escasez, podíamos tener cuantos hijos deseábamos sin temer la superpoblación, podíamos hacer guerras sin miedo a una catástrofe total para la biosfera y para el futuro de la especie humana. Ya no nos está permitido pensar y vivir como antes. Si queremos sobrevivir en la biosfera tenemos que cambiar.

Para consolidar este nuevo paradigma es importante superar el fundamentalismo de la cultura occidental, hoy mundializada, que pretende tener una única visión de las cosas, válida para todos. La realidad, sin embargo, desborda de todas las representaciones, pues está llena de infinitas virtualidades que pueden realizarse bajo otras formas no-occidentales.

Por otra parte, el peligro que corremos nos da la oportunidad de reorganizar la Humanidad y toda la cadena de la vida de manera más justa y creativa. Esta creatividad esta inscrita en nuestro código genético y cultural, pues sólo nosotros fuimos creados creadores y co-pilotos del proceso evolutivo.

El efecto final será una Tierra multicivilizacional, coloreada por todo tipo de culturas, de modos de producción, de símbolos y de caminos espirituales, acogidos todos ellos como legítima expresión de lo humano, con derecho de ciudadanía en la gran confederación de las tribus y de los pueblos de la Tierra.

Por eso hay que mirar hacia delante, recoger todas las señales que apuntan hacia un desenlace feliz de nuestra peligrosa travesía y gestar una atmósfera de bienquerencia y de hermandad que nos permita vivir mínimamente felices en este pequeño Planeta, escondido en un rincón de una galaxia media, en el interior de un sistema solar de quinta, pero bajo el arco iris de la bondad humana y de la benevolencia divina.

Las palabras iluminadas de Vaclav Havel, ex-presidente de la República Checa, nos retan: “la tarea política central en los próximos años será la creación de un nuevo modelo de coexistencia entre las distintas culturas, pueblos, etnias y religiones, formando una única civilización interconectada.”

DEUDA ECOLÓGICA

Entre las muchas deudas que tiene Brasil, la deuda ecológica es una de las más pesadas por las consecuencias futuras que acarrea. La ecología es más que una técnica para gerenciar recursos escasos, es más bien un arte y una nueva forma de relacionarse con la naturaleza haciendo que atendamos de manera suficiente a nuestras necesidades sin sacrificar el sistema-Tierra y también en consideración a las generaciones futuras. En el sistema-Tierra se encuentran todos los ecosistemas con sus correspondientes representantes. Más que ocuparse de cada uno de ellos tomado aisladamente, la ecología se preocupa de las relaciones existentes entre ellos y con todos sus respectivos medio ambientes buscando mantener su equilibrio dinámico, su preservación y regeneración. Las deudas que tenemos inciden, como veremos, sobre cuatro vertientes principales.

Tenemos una deuda ecológico-ambiental creada por la insuficiente calidad de vida de nuestra sociedad. Hemos liquidado cerca de 2/3 de la selva atlántica y cada día se abaten 100 campos de fútbol de la selva amazónica, quimicalizamos gran parte de los alimentos, el 53% de la población no tiene saneamiento básico, desperdiciamos casi la mitad del agua que usamos y la atmósfera de nuestras metrópolis está fuertemente contaminada. Sólo saldaremos esta deuda con la moneda del respeto y del cuidado con la naturaleza.

Tenemos una deuda ecológico-social creada por la injusticia social. Estamos cansados de medio ambiente. Queremos el ambiente entero. Es decir, queremos al ser humano insertado en él creando relaciones con la naturaleza y con los demás seres humanos de forma que pueda comer con decencia, trabajar para vivir con calidad, morar

sin riesgo. Muchos administradores embellecen las ciudades con plazas, monumentos y parques pero mantienen un sistema de seguridad pésimo, abandonan los hospitales, descuidan la enseñanza de calidad y no montan una estructura adecuada de agua y alcantarillado. Aumentan la deuda en vez de saldarla.

Tenemos una deuda ecológico-mental formada por el excesivo antropocentrismo que ha penetrado en nuestra mente. Antropocentrismo es esa actitud que sitúa al ser humano en el centro de todo, que imagina que las cosas sólo tienen razón de ser en la medida en que están orientadas a él y que puede disponer de ellas a su antojo. Pero resulta que el ser humano solamente entró en escena cuando el 99.98% de la historia del universo y de la Tierra estaba concluida. Él es un eslabón, aunque singular, de la corriente de la vida.

Hay una deuda a pagar por el sistema escolar que no ha sabido educar para la alteridad de razas, culturas y religiones. Deuda a pagar también por las iglesias que no han sabido crear conciencia de reverencia, de solidaridad cósmica y de responsabilidad por el futuro común.

Tenemos una deuda ecológico-integral creada por la fragmentación de nuestros saberes. Cortamos la túnica inconsútil de la realidad en mil pedacitos y los estudiamos olvidando que eran partes del todo. Desaprendimos re-ligar todas las cosas y ver el universo en un grano de arena. Sólo pagaremos esta deuda si aprendemos a ver el todo y a reencantarnos.

Al pagar no estamos perdiendo sino ganando en vida.

AGUA: ¿VIDA O MERCANCÍA?

Desde el Miércoles de Ceniza hasta Pascua millones de católicos en todo el país van a reflexionar sobre el tema de la Campaña de la Fraternidad de este año: “agua, fuente de vida”. Más allá de su misión evangelizadora, la Iglesia quiere así reforzar la ciudadanía, enseñando a sus fieles a responsabilizarse colectivamente por un bien vital que es el agua. El librito, distribuido por millares, además de proporcionar datos sobre la cuestión, ofrece subsidios espirituales y éticos bien fundados y da indicaciones prácticas sobre cómo cuidar del agua. Cita a nuestros mejores especialistas, como Aldo da Cunha. Veamos los datos principales y el conflicto de base sobre el agua.

Hace quinientos millones de años que la cantidad de agua es prácticamente constante. El 70% de la superficie de la Tierra está cubierta de agua: el 97.6% es salada y sólo el 2.4% es agua dulce. De este pequeño porcentaje, el 70% se destina a la irrigación, el 20% a la industria y únicamente un 10% al consumo humano. Pero sólo el 0.7% de este 10% es accesible de manera inmediata, el resto se encuentra en los acuíferos profundos, en los casquetes polares o en el interior de las selvas. La renovación de las aguas es del orden de 43.000 km³ anuales descargados en los ríos mientras que el consumo total se estima en 6.000 km³ por año. Hay mucha agua, pero está distribuida de manera desigual: el 60% se encuentra en 9 países mientras otros 80 sufren escasez. Poco menos de mil millones de personas consume el 86% del agua existente, mientras que para 1.400 millones de personas es insuficiente y para otros 2.000 millones no está tratada, lo que genera el 85% de sus enfermedades.

Brasil es la potencia mundial de agua, totalizando el 13% de toda el agua dulce del planeta. Pero

está desigualmente repartida: 70% en la región amazónica, 15% en el Centro-Oeste, 6% en el Sur y el Sureste y 3% en el Nordeste. A pesar de la abundancia, no sabemos usar el agua pues desperdiciamos el 46% de ella, que sería suficiente para abastecer a Francia, Bélgica, Suiza y el norte de Italia. Es urgente por lo tanto un nuevo modelo cultural.

Dos problemas han creado el actual “estrés mundial del agua”: su contaminación sistemática asociada a la destrucción de la biomasa que garantiza la perpetuidad de las aguas corrientes y la falta de cuidado en el uso de la gota disponible. Aldo Rebouças nos enseña: es más importante saber usar la gota de agua disponible que ostentar su abundancia. Por ser un bien escaso, se nota una carrera desenfrenada por la posesión del agua. Quien controla el agua, controla la vida. Quien controla la vida, tiene el poder.

Surge entonces el dilema: el agua ¿es fuente vida o fuente de lucro? ¿es un bien natural, vital e insustituible o es un bien económico y una mercancía? Los que sólo buscan el lucro, la tratan como mercancía. Los que piensan en la vida, la ven como un bien esencial para todos los organismos vivos y para el equilibrio ecológico de la Tierra. Tener derecho a la vida implica tener derecho a agua potable gratuita. Pero al haber costes de captación, tratamiento, distribución, uso, reuso y conservación existe una dimensión económica innegable, que no debe prevalecer sobre el derecho, antes bien, debe hacerlo real y garantizado para todos.

El agua dulce es más que un recurso hídrico. Es vida con todas sus resonancias simbólicas de fecundidad, renacimiento y purificación. Esto tiene inmenso valor pero no tiene precio. Si hay cuidado, será abundante para todos.

¿TRANSGÉNICOS? NO

Los transgénicos u organismos genéticamente modificados resultan de la alteración y transferencia de genes de un ser vivo (vegetal, animal, ser humano, microorganismo) a otro con el propósito de hacerlo más sano, más productivo y más inmune a plagas y bacterias. El tema es altamente polémico e involucra a varias instancias: los productores, el mercado, los consumidores, la investigación, el poder público y la ética.

Los productores quieren transgénicos, alegando disminución de costos y aumento de la productividad, con la ventaja de crear semillas más resistentes a plagas. La creciente demanda mundial de alimentos reforzaría ese propósito.

El mercado busca ganancias. Algunas empresas mundiales (cinco en total) producen semillas transgénicas que van sustituyendo lentamente a las naturales (erosión genética) y acaban monopolizando el mercado de semillas (una de ellas controla el 90%), haciendo económica y tecnológicamente dependientes a los productores. Los consumidores son reluctantes a consumir alimentos genéticamente modificados porque temen que tengan consecuencias sobre la salud en el presente y en el futuro. Encuestas realizadas muestran que más del 60% de la población europea está en contra del consumo de transgénicos.

La investigación, celosa de su libertad, sigue penetrando en el secreto de la vida, desvelando posibilidades nuevas para la salud y la longevidad, provenientes de la biotecnología.

El poder público queda indeciso, ya sea por la presión de los grandes capitales y del mercado, ya por las afirmaciones contradictorias de científicos,

unos afirmando la bioseguridad alimentaria y ecológica de los transgénicos, otros insistiendo en que no disponemos de investigaciones conclusivas sobre sus riesgos para la salud y el medio ambiente. ¿Qué decisión tomar? Su misión es cuidar del bien común y resistir las presiones.

En su decisión, el poder público, instancia delegada del poder popular, debe orientarse por la ética. Se evocan dos principios: el de la Responsabilidad y el de la Precaución. El producto a ser introducido debe garantizar que ningún perjuicio directo ni indirecto, global, acumulativo ni de largo plazo va a afectar al ser humano o a la cadena de la vida. La ciencia en el estado actual todavía no puede emitir tal parecer.



Lo que sabemos es que la naturaleza trabajó miles y miles de millones de años para organizar el código de la vida a través de inter-retro-relaciones que envuelven a la física y la química del universo. Una célula epidérmica de nuestra mano contiene, en una fantástica nanotecnología, toda la información necesaria para constituir la vida. Pregunta: ¿no es que el científico, consciente de que cada gen tiene que ver con todos los demás, osa interferir en ese juego complejísimo, solamente con mucha reverencia y precaución? En cuanto al fenómeno de la vida, el paradigma científico newtoniano que reduce y compartimenta ¿no es insuficiente para captar las implicaciones de todos los genes entre sí? ¿Quién nos garantiza que la bacteria resistente de la soja *Roundup Ready* no va a perturbar el equilibrio de los miles y miles de millones de bacterias que hay en nosotros? Por precaución y respeto a la vida, se impone poner en cuarentena a los transgénicos. Por ahora, ¡no!

PARADIGMA DEL CUIDADO

Después de haber conquistado toda la Tierra, a costa del fuerte estrés de la biosfera, es urgente y urgentísimo que cuidemos lo que quedó y que regeneremos lo vulnerado. Esta vez o cuidamos o vamos al encuentro de lo peor. Por eso, urge pasar del paradigma de la conquista al paradigma del cuidado.

Si reparamos bien, el cuidado es tan ancestral como el universo. Si después del Big bang no hubiese habido cuidado por parte de las fuerzas directivas por las que el universo se auto-crea y se auto-regula, a saber, la fuerza gravitatoria, la electromagnética, la nuclear fuerte y la nuclear débil, todo se habría expandido demasiado impidiendo que la materia se adensase y formase el universo que conocemos. O todo se habría retraído a punto de colapsarse el universo sobre sí mismo en interminables explosiones.

Pero no fue así. Todo se procesó con un cuidado tan sutil, en fracciones de milmillonésima de segundo, que permitió que estemos aquí para hablar de todas estas cosas. Ese cuidado se potenció cuando surgió la vida, hace 3.800 millones de años. La bacteria originaria, con cuidado singularísimo, dialogó químicamente con el medio para garantizar su supervivencia y evolución. El cuidado se hizo aún más complejo cuando surgieron los mamíferos, de donde también venimos nosotros, hace 125 millones de años, y con ellos el cerebro límbico, el órgano del cuidado, del afecto y del enternecimiento.

Y el cuidado ganó centralidad con la emergencia del ser humano, hace 7 millones de años. La esencia humana, según una tradición filosófica que viene del esclavo Higinio, bibliotecario de César Augusto, que nos legó la famosa fábula 220 del cuidado hasta Martin Heidegger, el filósofo, reside exactamente en el cuidado.

El cuidado es esa condición previa que permite la eclosión de la inteligencia y de la amorosidad. Es el orientador anticipado de todo comportamiento para que sea libre y responsable, en fin, típicamente humano. El cuidado es un gesto amoroso con la realidad, gesto que protege y trae serenidad y paz. Sin cuidado nada de lo que está vivo, sobrevive. El cuidado es la fuerza mayor que se opone a la ley suprema de la entropía, el desgaste natural de todas las cosas hasta su muerte térmica, pues todo lo que cuidamos dura mucho más.

Hoy necesitamos rescatar esta actitud, como ética mínima y universal, si queremos preservar la herencia que recibimos del universo y de la cultura y garantizar nuestro futuro. El cuidado surge en la conciencia colectiva siempre en momentos críticos. Florence Nightingale (1820-1910) es el arquetipo de la enfermera moderna. En 1854 partió de Londres con 38 colegas con destino a un hospital militar en Turquía, donde se trababa la guerra de Crimea. Imbuida de la idea de cuidado, en dos meses consiguió reducir la mortalidad del 42% al 2%. La primera Gran Guerra destruyó las certezas y produjo profundo desamparo metafísico. Fue cuando Martin Heidegger escribió su genial *Ser y Tiempo* (1927), cuyos párrafos centrales (§ 39-44) están dedicados al cuidado como ontología del ser humano.

En 1972 el Club de Roma lanza la alarma ecológica sobre el grave estado de salud de la Tierra. En el 2001 termina en la Unesco la redacción de la *Carta de la Tierra*, texto de la nueva conciencia ecológica y ética de la humanidad. Los muchos documentos producidos se centran en el cuidado (care), como la actitud obligatoria para con la naturaleza. Seres de cuidado entre nosotros son doña Zilda Arns con los niños y Dom Helder con los pobres. Son arquetipos que inspiran la cura y el salvamento de toda vida.

PARADIGMA-CONQUISTA

En el conjunto de los seres de la naturaleza, el ser humano ocupa un lugar singular. Por un lado es parte de la naturaleza por su enraizamiento cósmico y biológico. Es fruto de la evolución que produjo la vida de la cual él es expresión consciente e inteligente. Por el otro, se sobreeleva por encima de la naturaleza e interviene en ella creando cultura y cosas que la evolución sin él jamás crearía, como una ciudad, un avión y un cuadro de Portinari.

Por su naturaleza es un ser biológicamente carente (Mangelwesen), pues a diferencia de los animales no posee ningún órgano especializado que le garantice la subsistencia. Por eso se ve obligado a conquistar su sustento, modificando el medio, creando así su hábitat.

Muy pronto en el proceso de hominización surgió el paradigma de la conquista. Salió de África, de donde irrumpió como “homo erectus” hace 7 millones de años, y se puso a conquistar el espacio, comenzando por Eurasia y terminando por Oceanía. Al crecer su cráneo, evolucionó a “homo habilis”, inventando, hace unos 2,4 millones de años, el instrumento que le permitió ampliar todavía más su capacidad de conquista.

Por comparecer como un ser entero pero inacabado (no es defecto sino marca) y teniendo que conquistar su vida, el paradigma de la conquista pertenece a la autocomprensión del ser humano y de su historia. Prácticamente todo está bajo el signo de la conquista: la Tierra entera, los océanos y los rincones más inhóspitos. Conquistar pueblos y “dilatarse y el imperio” fue el sueño de los colonizadores. Conquistar los espacios extraterrestres y llegar a las estrellas es la utopía de los modernos. Conquistar el secreto de la vida y manipular los genes. Conquistar mercados y altas tasas de crecimiento, conquistar cada vez más clientes y consumidores. Conquistar el poder de Estado y otros

poderes, como el religioso, el profético y el político. Conquistar y controlar los ángeles y los demonios que nos habitan. Conquistar el corazón de la persona amada, conquistar las bendiciones de Dios y conquistar la salvación eterna. Todo es objeto de conquista. ¿Qué nos falta todavía por conquistar?

La voluntad de conquista del ser humano es insaciable. Por eso el paradigma-conquista tiene como arquetipos referenciales a Alejandro Magno, Hernán Cortés y Napoleón Bonaparte, los conquistadores que no conocían ni aceptaban límites.

Después de milenios, el paradigma-conquista ha entrado en nuestros días en una grave crisis. Basta de conquistas. Si no, destruiremos todo. Ya conquistamos el 83% de la Tierra y en ese afán la devastamos de tal forma que ha sobrepasado en un 20% su capacidad de soporte y de regeneración. Se han abierto llagas que tal vez nunca volverán a cerrarse.

Necesitamos conquistar aquello que nunca antes habíamos conquistado porque pensábamos que era contradictorio: conquistar la autolimitación, la austeridad compartida, el consumo solidario y el cuidado para con todas las cosas, para que sigan existiendo. La supervivencia depende de estas anti-conquistas.

Al arquetipo Alejandro Magno, Hernán Cortés y Napoleón Bonaparte, de la conquista, hay que contraponer el arquetipo de Francisco de Asís, Gandhi, Madre Teresa e Irmã Dulce, del cuidado esencial. No hay tiempo que perder. Debemos comenzar con nosotros, con las revoluciones moleculares. Por ellas garantizaremos las nuevas virtudes que nos salvarán a todos.

AUTOLIMITACIÓN: VIRTUD ECOLÓGICA

El pavor suscitado por los bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945 fue tan devastador que cambió el estado de conciencia de la humanidad. Se introdujo la perspectiva de la destrucción masiva, aumentada posteriormente con la fabricación de armas químicas y biológicas, capaces de amenazar la biosfera y el futuro de la especie humana. Antes, los seres humanos podían hacer guerras convencionales, explotar los recursos naturales, desmatar, tirar basura en los ríos y gases en la atmósfera y no había grandes modificaciones ambientales. La conciencia tranquila aseguraba que la Tierra era inagotable e invulnerable y que la vida continuaría siendo siempre la misma en el futuro.

Esa presuposición ya no existe. Cada vez somos más conscientes de lo que afirma la Carta de la Tierra: “estamos ante un momento crítico de la historia de la Tierra, en una época en que la humanidad debe escoger su futuro: o formamos una alianza global para cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros o corremos el riesgo de destruirnos y de destruir la diversidad de la vida.”

Asumida ya por la Unesco, la *Carta de la Tierra* representa la nueva perspectiva planetaria, ética y ecológica de la humanidad. Los hechos que motivan la alarma son innegables: sólo tenemos esta Casa Común para habitar; sus recursos son limitados, muchos no-renovables; el agua dulce es el bien más escaso de la naturaleza (sólo el 0,7 es accesible al uso humano); la energía fósil, motor del desarrollo moderno, tiene días contados, y el crecimiento demográfico es amenazador. Ya hemos superado en un 20% la capacidad de soporte y de reposición de la biosfera. Querer generalizar

para toda la humanidad el tipo de desarrollo hoy imperante requeriría otros tres planetas iguales al nuestro. La gran mayoría no piensa en estas cosas, encuentra insoportable lidiar con los límites y eventualmente con el desastre colectivo, posible todavía en nuestra generación.

Estos problemas son graves, pero hay otro mayor: la lógica del sistema mundial de producción y la cultura consumista que ha generado. El sistema dice: debemos producir cada vez más, sin poner límites al crecimiento, para poder consumir cada vez más, sin límites en la cesta de ofertas. La consecuencia inmediata de esta opción es una doble injusticia: la ecológica, con la depredación de la naturaleza y la social, con la gestación de desigualdades entre los comen hasta hartarse y los que comen insuficientemente, víctimas de la marginalidad o la exclusión.

Si queremos garantizar el futuro común de la Tierra y de la humanidad se imponen dos virtudes: la auto-limitación y la justa medida, expresiones ambas de la cultura del cuidado. Pero ¿cómo postular estas virtudes si todo el sistema está montado sobre la base de negarlas? Esta vez, sin embargo, no tenemos elección: o cambiamos y nos pautamos por el cuidado, autolimitando nuestra voracidad y viviendo la justa medida de todas las cosas o enfrentaremos una tragedia colectiva.

La auto-limitación es un sacrificio necesario que salvaguarda el Planeta, tutela intereses colectivos y crea la cultura de la sencillez voluntaria. No se trata de no consumir, sino de consumir de forma responsable y solidaria con los seres vivos de hoy y con los que vendrán después. Ellos también tienen derecho a la Tierra y a una vida de calidad.

LA GLOBALIZACIÓN DEL RIESGO

La globalización ha traído, entre otras cosas, la planetización de la condición humana y la conciencia de que Tierra y humanidad poseen un destino común. Por esto deberíamos encarar el futuro como un único sujeto. Eso nos obligaría a elaborar un proyecto planetario solidario y una gestión colectiva de los asuntos globales, buscando dar sostenibilidad a la vida del Planeta.

Pero no ocurre así. Cualquier intento en esta línea es boicoteado sistemáticamente por los grandes de la Tierra, encabezados por los Estados Unidos, como recientemente se ha podido constatar en la Cumbre de la Tierra de Johannesburgo. No se consiguió en ella ningún acuerdo sobre los asuntos realmente globales, como el clima, el agua, las fuentes de energía, la agricultura y la biodiversidad. No hay voluntad de construir el bien común planetario, ni existe cultura para un postulado de este tipo. Lo que une a todos es la guerra contra el terrorismo. Prefieren las políticas prepotentes de los estados-naciones, hegemonizados imperialmente por la potencia más fuerte y belicista, los Estados Unidos.

Esta mentalidad provinciana es demente porque permite que se globalice el riesgo de la guerra tecnológica, cuyo desenlace podría ser fatal para los seres humanos. Si como especie somos simultáneamente sapiens y demens, ahora resurge de forma aterradora el lado de demencia. Demencia que se revela en las medidas político-militares del presidente Bush, crimen de lesa humanidad, pues las armas nucleares ya no serán disuasivas; serán de agresión, hasta preventiva. Es inimaginable la devastación de vidas humanas que una tal guerra implica, así como las lesiones al código genético, fantasma que aterrorizará las mentes futuras. Configuraré el mayor acto de terrorismo de la historia, ya anticipado por el

terrorismo oficial de las dos bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki.

¿Esta locura violenta adónde nos llevará? Lo más grave es el fundamentalismo que suministra razones para este camino de alto riesgo, la creencia ciega de que ya no necesitamos preocuparnos de la ordenación del mundo y de garantizar nuestro futuro. Están asegurados, creen, por las fuerzas libres del comercio, por el libre espacio de capitales y por el libre mercado. El dogma proclama que tales instancias constituyen la forma más eficaz de autorregulación, pero la miseria creciente de los pueblos, el aumento de la devastación ecológica y el agravamiento de los conflictos mundiales desenmascaran este dogma como herejía. Nunca como ahora hemos sentido tanta urgencia de sabiduría para imponer límites al poder avasallador y salvar el futuro de la vida y de la Tierra. No tenemos un arca de Noé salvadora. Esta vez urgimos a todos, hasta a los ateos que aman la vida, a rezar.



PUEBLOS INDÍGENAS Y MUNDIALIZACIÓN

La campaña de fraternidad para este año de la CNBB (Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil) es “Fraternidad y pueblos indígenas”. Busca solidarizarse con ellos y estimular el aprendizaje de su sabiduría ancestral. Según datos de la ONU hoy existen cerca de trescientos millones de indígenas en el mundo. ¿Cuál es su aporte al proceso de mundialización que hemos abordado? Enumeremos sólo algunos puntos relevantes.

Sabiduría ancestral. Conociendo un poco las diferentes culturas indígenas, identificamos en ellas una profunda capacidad de observación de la naturaleza con sus fuerzas y de la vida con sus

vicisitudes. Su sabiduría se fue tejiendo en sintonía fina con el universo y el atento escuchar a la Tierra. Saben mucho mejor que nosotros casar cielo y tierra, integrar vida y muerte, compatibilizar trabajo y diversión, confraternizar ser humano con naturaleza. En este sentido son altamente civilizados aunque sean tecnológicamente primitivos.

Intuitivamente atinaron con la vocación fundamental de nuestro efímero paso por este mundo: captar la majestad del universo, saborear la belleza de la Tierra y sacar del anonimato a la Fuente originaria de todo ser, llamándola con mil nombres: Palop, Tupã, Ñmandu, entre muchos otros. Todo existe para brillar, y el ser humano existe para bailar y festejar ese brillo.

Nuestra cultura dominante necesita rescatar esa sabiduría. Sin ella difícilmente pondremos límites al poder que podría destruir nuestro riente Planeta vivo.

Integración sinfónica con la naturaleza. El indio se siente parte de la naturaleza, no un extraño dentro de ella. Por eso en sus mitos los seres humanos conviven con otros seres vivos y se casan entre sí. Intuyeron lo que sabemos por ciencia empírica: que todos formamos una cadena única y sagrada de vida. Son ecologistas eximios. La Amazonía, por ejemplo, no es tierra intocable. Durante miles de años, las decenas de naciones que allí viven interactuaron sabiamente con ella. Casi el 12% de toda la selva amazónica de tierra firme ha sido manejada por los indios, promoviendo “islas de recursos”, desarrollando especies vegetales útiles o bosques con alta densidad de castaño de Brasil y de frutas de toda especie. Fueron plantados y cuidados para ellos y para los que tengan la suerte de pasar por allí.

Los yanomami saben aprovechar el 78% de las especies de árboles de sus territorios. Teniendo en cuenta la inmensa biodiversidad de la región, eso

vendría a ser del orden de unas 1200 especies por área del tamaño de un campo de fútbol.

La Tierra es la Madre del indio. Está viva y por eso produce todo tipo de seres vivos. Debe ser tratada con la reverencia y el respeto que se da a las madres. Nunca abaten animales, peces o árboles por puro gusto, sino para atender a las necesidades humanas, y aún así, cuando se derriban árboles o se realiza alguna caza o pesca mayor, organizan ritos de disculpa para nunca violar la alianza de amistad entre todos los seres.

Esta relación sinfónica con la comunidad de vida es imprescindible para garantizar el futuro común de la propia vida y de la especie humana.

Actitud de veneración y de respeto. Para los pueblos indígenas, así como para muchos contemporáneos, todo esta vivo y cargado de mensajes que es importante descifrar. El árbol no es solo un árbol. Tiene brazos que son sus ramas, mil lenguas que son sus hojas, y une Tierra y Cielo a través de las raíces y de la copa. Ellos consiguen captar naturalmente el hilo que liga y re-liga todas las cosas entre sí y con Dios. Cuando bailan y toman sus bebidas rituales hacen una experiencia de encuentro con Dios y con el mundo de los ancianos y de los sabios que están vivos al otro lado de la vida. Para ellos lo invisible es parte de lo visible. Tenemos que aprender esta lección suya.

La libertad, esencia de la vida del indígena. En la actualidad nos atormenta la falta de libertad. La complejidad de la vida, la sofisticación de las relaciones sociales generan sentimientos de prisión y de angustia. Los pueblos indígenas nos dan testimonio de una inconmensurable libertad. Bástenos el testimonio de dos grandes indigenistas, los hermanos Orlando y Cláudio Villas: “el indio es totalmente libre, no necesita explicar sus actos

a nadie. Si una persona grita en el centro de São Paulo, una radiopatrulla puede llevarlo preso. Si un indio da un tremendo berrido en medio de la aldea, nadie le mirará ni le preguntará por qué gritó. El indio es un hombre libre”.

La autoridad, el poder como generosidad. La libertad vivida por los indios confiere una marca singular a la autoridad de sus caciques. Éstos nunca pueden tener mando sobre los demás. Su función es de animación y de articulación de las cosas comunes, respetando siempre el don supremo de la libertad individual. Muy especialmente entre los Guaraní se vive este alto sentido de autoridad, cuyo atributo esencial es la generosidad. El cacique debe dar todo lo que le piden y no debe guardar nada para sí. En algunas aldeas se puede reconocer al jefe en la persona de quien lleva los adornos más pobres, pues todo el resto ha sido dado. Nosotros occidentales definimos el poder bajo su forma autoritaria; “la capacidad de conseguir que el otro haga lo que yo quiero”. En función de esta concepción, las sociedades están permanentemente desgarradas por conflictos de autoridad. Imaginemos el siguiente escenario: en el caso de que el cristianismo se hubiese encarnado en la cultura política guaraní, en lugar de haberlo hecho en la grecorromana, tendríamos sacerdotes pobres, obispos miserables, el Papa un verdadero mendigo. Pero su marca registrada sería la generosidad y el servicio humilde a todos. Entonces sí, podríamos ser testigos de Aquel que dijo “estoy entre vosotros como quien sirve”. Los indígenas habrían captado este mensaje como connatural a su cultura y habrían adherido libremente, quien sabe, a la fe cristiana.

Como vemos, los indígenas podrían ser en tantas cosas nuestros maestros y nuestros doctores, tal como se decía de los pobres en la Iglesia de los primeros tiempos.

TRES ESCENARIOS DEL DRAMA ECOLÓGICO ACTUAL

La humanidad está en una encrucijada: debe decidir si quiere continuar viviendo en este planeta o si acepta caminar al encuentro de lo peor. Se parece a un avión en una pista de despegue. Hay un momento crítico de no retorno, donde el piloto ya no puede frenar. O levanta vuelo o sigue corriendo y revienta al final de la pista. Hay analistas que dicen: hemos pasado el punto crítico, no levantamos vuelo y vamos al encuentro de una catástrofe. O abrimos espacio a un nuevo paradigma civilizatorio, que podrá salvarnos, o enfrentaremos la oscuridad, como nos advierte el reciente libro *El futuro de la vida*, del gran biólogo de la biodiversidad Edward Wilson.

Ante tan dramática situación, se presentan hoy tres panoramas, cada uno con previsiones propias y diferentes. El primero –conservador– es dominante. Procura mundializar el modelo actual consumista y predador. Tal es el caso del neoliberalismo mundializado que siempre ha mostrado poca sensibilidad ecológica y social, tolerando el agravamiento de las contradicciones internas. Frente a los fantasmas surgidos después del 11 de septiembre triste, los ricos y poderosos tienden a levantar un muro de control y de restricciones en sus fronteras. Buscan ampliar las tecnologías más avanzadas para garantizar para sí las mejores condiciones de vida posible. Además de haber sido históricamente etnocida, el sistema hegemónico puede revelarse ahora ecocida y biocida. Pero esta elección sería suicida, pues va contra el sentido del proceso evolutivo que siempre buscó religaciones y cadenas de cooperación para garantizar la mayor subsistencia posible.

El segundo –reformador– tiene conciencia del déficit de la Tierra, pero todavía confía en su capacidad

de regeneración. Por eso se mantiene dentro del paradigma vigente, consumista y predador. No ofrece una alternativa, sólo minimiza los efectos no deseados. Inventó el desarrollo lineal sostenible, falacia del sistema del capital, para incorporar el discurso ecológico dentro de un tipo de desarrollo lineal, predador y creador de desigualdades. Contradice y anula el sentido originario de la sostenibilidad que busca siempre el equilibrio de todos los factores, pero por lo menos introduce técnicas que polucionan menos, evita la excesiva quimicalización de los alimentos y se preocupa no sólo de la ecología ambiental sino también de la ecología social, buscando disminuir la pobreza, aunque con políticas pobres para los pobres. Esta solución es apenas un paliativo, no una alternativa a la situación actual.

El tercero –liberador– presenta una alternativa salvadora real. Parte del carácter global de la crisis. El nivel de interdependencia es tal que o nos salvamos todos o pereceremos todos. Los distintos documentos de la ONU sobre la cuestión revelan esta nueva conciencia: “hay solamente una Tierra”, “la preservación de un pequeño planeta” (Estocolmo, 1972), “nuestro futuro común” (Comisión Brundland, 1987), y por fin la declaración de Río de Janeiro: “Entendemos que la salvación del planeta y de sus pueblos, de hoy y de mañana, requiere la elaboración de un nuevo proyecto civilizatorio” (1992). Ese proyecto debe ser construido sinérgicamente por todos. De aquí la urgencia de crear organismos globales que respondan por los intereses globales. Importa diseñar un nuevo pacto social mundial, en el que los sujetos de derechos no sean sólo los humanos sino todos los seres de la naturaleza. Esta es la base para una democracia ecológico-social-planetaria. En este tipo de democracia tan ciudadanos son los humanos como los demás representantes de la naturaleza en permanente

interdependencia con los humanos. La democracia se abre así hacia una biocracia y una cosmocracia.

El día en que prevalezca esa democracia ecológico-social-planetaria se habrán creado las condiciones para una alianza de fraternidad con la naturaleza. El ser humano se sentirá parte y parcela de un todo y su guardián responsable. No necesitará nunca más agredir a los otros y a la naturaleza por miedo y como autodefensa. A pesar de las contradicciones de la condition humaine, siempre sabia y demente, podrá vivir sinceramente feliz en comunión con todos los seres, como hermanos y hermanas, en casa. Sólo entonces comenzará el ansiado nuevo milenio, con otro tipo de historia, de paz perenne con la Madre Tierra.

REVOLUCIÓN EN LA EVOLUCIÓN

Para el cristianismo la cruz y la muerte del Viernes Santo no tienen la última palabra. La última palabra que el Creador pronunció sobre el destino humano es resurrección. Por eso, la fiesta central del cristianismo no es Navidad, que celebra el nacimiento del Libertador, ni el Viernes Santo, que conmemora el martirio del Mesías. Si después de la crucifixión no hubiese resucitado estaría seguramente en el panteón de los héroes de la humanidad pero no tendría una comunidad que guardase su memoria sagrada. Pero resucitó. Por eso el cristianismo no celebra un recuerdo del pasado, festeja su presencia en el presente.

Lo que el cristianismo puede ofrecer a la humanidad en proceso de mundialización es la promesa de resurrección para cada persona y para toda la creación. Pero es importante que comprendamos bien lo que se entiende por resurrección, si queremos captar su relevancia universal.

En primer lugar, debemos lamentar que [la resurrección] haya sido pronto abandonada como eje estructurador de la fe cristiana. En su lugar entró el tema platónico de la inmortalidad del alma. La resurrección –en vez de ser lo que ocurre tras la muerte, tal como era la convicción de la Iglesia de los primeros tiempos– fue relegada hasta fin del mundo. Y como nadie sabe cuando será el fin del mundo, no representa un elemento esperanzador de vida.

Por otra parte, resurrección no es sinónimo de reanimación de un cadáver, como el de Lázaro. Lázaro volvió a la vida que tenía antes. Esta vida es mortal, pues vamos muriendo en prestaciones hasta acabar de morir. La reanimación del cadáver no nos libra de la muerte. Lázaro murió otra vez, fue sepultado definitivamente y sepultado quedó.

La resurrección es algo muy distinto. Es la entronización de alguien en un orden de vida que no conoce ninguna entropía, ninguna necesidad de morir. Una vida tan completa que excluye la realidad de la muerte. Por lo tanto, es la realización de la utopía de una vida sin fin y absolutamente realizada. Ese acontecimiento bienaventurado sólo se hará posible cuando haya culminado el proceso evolutivo, cuando todas las potencialidades del ser humano se hayan realizado absolutamente. Representa una revolución dentro de la evolución. Irrumpe interior y exteriormente el ser nuevo que vino formándose embrionariamente a lo largo de miles y miles de millones de años hasta concluir su ciclo de realizaciones.

Cuando hablamos así de resurrección creemos que tal hecho singular ocurrió con Jesús. La hierba no creció sobre su sepultura. Su tumba se abrió para proclamar el hecho más decisivo del universo: la superación de la muerte, incluso más, la posibilidad real de transformación de la utopía en topía dentro del horizonte cósmico e histórico, el triunfo de la vida.

¿Qué hace, en concreto, la resurrección? Realizar plenamente nuestra esencia, que consiste en ser un nudo de relación y de comunicación hacia todas partes. La resurrección suprime los límites de realización de ese nudo, potenciándolo hasta el infinito. El cuerpo resucitado se vuelve pura comunicación y adquiere una dimensión igual a la del cosmos. Por eso el cuerpo resucitado llena todo el universo y ocupa todos los lugares. Se encuentra de manera inmediata allí donde está nuestro deseo.

El cuerpo asume las características del espíritu y el espíritu las del cuerpo. No dejamos el mundo; penetramos más profundamente en el corazón del mundo, hasta aquel punto donde todo converge en la diferencia.

La humanidad que está en Jesús está también en cada uno de nosotros. Si en Él se verificó tal acontecimiento feliz es señal de que sucederá también en nosotros.

CIUDADANÍA EN LA FLORESTA

En la Amazonia así se pensaba y se hacía: tumbiar selva es desarrollar. Con esta lógica se ha desmatado a razón de 15 hectáreas por minuto. Este floresticidio está siendo frenado por la florestanía*, política propuesta por el gobierno de Acre bajo los cuidados del joven gobernador Jorge Viana (PT). Su lema: “Gobierno de la floresta”. Meta: “florestanía”, ciudadanía en la floresta. ¿Qué significan estos conceptos?

El punto de partida es el siguiente: para realidades nuevas, palabras nuevas, de acuerdo a la sabiduría de Jesús: “para vino nuevo, odres nuevos”. ¿Cuál es la novedad? Entender la selva amazónica como base para un nuevo proyecto socioeconómico fundado en el extractivismo sin depredar la selva. Tal propuesta

rasga un camino nuevo, dando viabilidad a lo que algunos teóricos llaman “modo de producción amazónico”. El gobierno de Jorge Viana supo captar la singularidad de la selva y decidió aprovechar las ventajas comparativas de Acre. De esta manera su proyecto de desarrollo socio-ecológico da cuerpo a los sueños de Chico Mendes. Si tiene éxito, y todo indica que así será, dará a su gobierno un perfil singular y se convertirá en el paradigma referencial para toda la región amazónica.

Vale observar que el estado de Acre heredó una situación privilegiada: apenas el 10% de su territorio ha sido desmatado, y el 30% de él conforma áreas de conservación. El desafío reside en la articulación correcta entre selva, desarrollo y ciudadanía. El eje articulador es la selva, su gran capital natural y también cultural, pues no es posible entender la selva sin la cultura de los pueblos que la habitan.

En un texto programático “el desarrollo que queremos”, el Gobierno de la Floresta establece las metas a ser implementadas: creación de florestas públicas estatales de producción, valorización de la actividad extractivista, con establecimiento de fábricas de tratamiento de la castaña de Brasil, producción de goma, construcción de centenares casas-de-harina de yuca, manejo sostenible de la madera de ley, como el mogno y de otras especies todavía nunca utilizadas en la confección de muebles, aprovechamiento del cuero vegetal, extracción de aceites y colorantes vegetales, de sustancias alcaloides para farmacología y de sustancias aromáticas, y de otras con propiedades herbicidas y fungicidas, entre tantos otros proyectos.

Tan importante como el plano ecológico-económico es el plano político-social, que aparece bajo el nombre de Florestanía. Se trata de una palabra que combina “floresta” con “ciudadanía”. Significa

realizar “la ciudadanía en la floresta” a través de una nueva conciencia de que las poblaciones rurales, ribereñas, indígenas y extractivistas sólo tienen ventajas si permanecen en la selva. Allí dentro de su medio ecológico serán asistidas con salud, educación, formación profesional y recreación. A esto se ordenan los Centros de Floresta, las Escuelas de Floresta y los Programas de Educación Indígena y de Política de Etnodesarrollo siempre en asociación con las comunidades y el gobierno.

Tales proyectos no son pensados y ejecutados desde oficinas refrigeradas sino mediante una política de piel a piel, conociendo las entrañas del pueblo, mirando profundamente sus ojos, enfrentado largas caminatas “a pie”, a caballo, en motor o en avioneta para encontrar a las personas allí donde viven y sueñan. Es toda una política, en el sentido de Gandhi, como gesto amoroso para con el pueblo. En Acre.

- En este artículo se usan floresta y selva como sinónimos, para permitir la formación de floresta.

LOS DESAFÍOS ECOLÓGICOS DE FIN DE MILENIO

El bienestar no puede ser solamente social, también tiene que ser sociocósmico” Leonardo Boff.

Ernest Haeckel, biólogo alemán(1834-1919) creó en 1866 la palabra ecología y definió su significado como “el estudio del inter-retro-relacionamiento de todos los sistemas vivos y no-vivos entre sí y con su medio ambiente, entendido como una casa, de donde deriva la palabra ecología (*oikos* en griego=casa). De un discurso regional, como subcapítulo de la biología, ha pasado a ser

actualmente un discurso universal, tal vez el de mayor fuerza movilizadora en el paso al tercer milenio. Entre la multitud de propuestas queremos presentar, como en una lectura para ciegos, los elementos más relevantes de la discusión actual. Se presenta en cuatro grandes vertientes: la ecología ambiental, la ecología social, la ecología mental y la ecología integral.

ECOLOGÍA AMBIENTAL

Esta primera vertiente se preocupa del medio ambiente, para que no sea excesivamente desfigurado, de la calidad de vida, y de la preservación de las especies en vía de extinción. Ve la naturaleza fuera del ser humano y de la sociedad. Busca nuevas tecnologías menos contaminantes, privilegiando soluciones técnicas. Esta postura es importante porque busca corregir los excesos de la voracidad del proyecto industrial mundial, que siempre implica altos costes ecológicos.

Si no cuidamos el planeta como un todo podemos poner en grave riesgo de destrucción partes de la biosfera y, al límite, inviabilizar la propia vida del planeta.

ECOLOGÍA SOCIAL

La segunda –ecología social– no quiere sólo el medido ambiente, quiere el ambiente entero. Inserta al ser humano y a la sociedad dentro de la naturaleza. No se preocupa únicamente de embellecer la ciudad con mejores avenidas, plazas o playas más atractivas, prioriza también el saneamiento básico, una buena red de escuelas y un servicio de salud decente. La injusticia social significa violencia contra el ser más complejo y singular de la creación, que es el ser humano, hombre y mujer. Él es parte y parcela

de la naturaleza. La ecología social propugna un desarrollo sostenible, que atiende a las carencias de los seres humanos de hoy sin sacrificar el capital natural de la Tierra, tomando también en consideración las necesidades de las generaciones del mañana, que tienen derecho a satisfacerse y a heredar una Tierra habitable, con relaciones humanas mínimamente justas. Pero el tipo de sociedad construida en los últimos 400 años impide realizar un desarrollo sostenible. Es energívora, ha montado un modelo de desarrollo que saquea sistemáticamente todos los recursos de la Tierra, y explota la fuerza de trabajo.

En el imaginario de los fundadores de la sociedad moderna el desarrollo se movía entre dos infinitos: el infinito de los recursos naturales y el infinito del desarrollo hacia el futuro. Pero dichos presupuestos han revelado ser una ilusión. Los recursos no son infinitos, la mayoría se está agotando, principalmente el agua potable y los combustibles fósiles. Y el tipo de desarrollo lineal y creciente hacia el futuro no es universalizable. Por lo tanto no es infinito. Si las familias chinas quisieran tener los automóviles de las familias norteamericanas, China se convertiría en un inmenso estacionamiento. No habría suficiente combustible y nadie se podría moverse.

Carecemos de una sociedad sostenible que encuentre para sí el desarrollo viable que satisfaga las necesidades de todos. El bienestar no podrá ser solamente social, tendrá que ser sociocósmico. Deberá atender a los demás seres de la naturaleza, como las aguas, las plantas, los animales, los microorganismos, pues todos juntos constituyen la comunidad planetaria en la que nos incluimos y sin ellos nosotros no podríamos vivir.

ECOLOGÍA MENTAL

La tercera –la ecología mental– llamada también ecología profunda, sostiene que las causas del déficit de la Tierra se deben al tipo de sociedad que actualmente tenemos y al tipo de mentalidad predominante, cuyas raíces remontan a épocas anteriores a nuestra historia moderna, incluyendo la profundidad de la vida psíquica humana consciente e inconsciente, personal y arquetípica. En nosotros existen instintos de violencia, voluntad de dominio, arquetipos sombríos que nos alejan de la benevolencia con relación a la vida y a la naturaleza. Dentro de la mente humana se originan los mecanismos que nos llevan a la guerra contra la Tierra. Y se expresan mediante una categoría: el antropocentrismo. El antropocentrismo considera al ser humano rey/reina del universo. Los demás seres tienen sentido si ordenados al ser humano; están ahí para su disfrute. Esta interpretación rompe con la ley más universal: la solidaridad cósmica. Todos los seres son interdependientes y viven dentro de una intrincadísima red de relaciones. Todos son importantes.

No es posible que alguno sea rey/reina y se considere independiente, sin necesidad de los otros. La moderna cosmología nos enseña que todo tiene que ver con todo en todos los momentos y en todas las circunstancias. El ser humano olvida esa intrincada red de relaciones. Se aleja de ella y se sitúa sobre las cosas, en lugar de sentirse al lado y con ellas en una inmensa comunidad planetaria y cósmica. Es necesario recuperar las actitudes de veneración y respeto a la Tierra.

Eso solamente se conseguirá si primero rescatamos la dimensión de lo femenino en el hombre y en la mujer. Por lo femenino el ser humano se abre al cuidado, se sensibiliza por la profundidad misteriosa de la vida y recupera su capacidad de maravillarse. Lo femenino ayuda a rescatar la dimensión de

lo sagrado. Lo sagrado impone siempre límites a la manipulación del mundo, pues da origen a la veneración y al respeto, fundamentales para salvaguardar la Tierra. Crea la capacidad de religar todas las cosas a su fuente creadora que es el Creador y Ordenador del universo. De esta capacidad religadora nacen todas las religiones. Hoy precisamos revitalizar las religiones para que cumplan su función religadora.

ECOLOGÍA INTEGRAL

Finalmente, la cuarta –ecología integral– parte de una nueva visión de la Tierra, inaugurada por los astronautas a partir de los años 60, cuando se lanzaron las primeras naves tripuladas. Ellos vieron la Tierra desde afuera. Desde la nave espacial o desde la Luna, la Tierra –según el testimonio de varios de ellos– aparece como un resplandeciente planeta azul-blanco que cabe en la palma de la mano y puede esconderse detrás del dedo pulgar. Desde esa perspectiva, Tierra y seres humanos emergen como una misma entidad. El ser humano es la propia Tierra que siente, piensa, ama, llora y venera. La Tierra surge como el tercer planeta de un sol, uno de los 100 mil millones de soles de nuestra galaxia, que es a su vez una entre 100 mil millones de otras del universo, universo que posiblemente es uno entre otros paralelos y distintos al nuestro. Y nosotros, seres humanos, hemos evolucionado hasta el punto de poder estar aquí para hablar de todo esto, sintiéndonos ligados y religados a todas estas realidades. Todo caminó con una precisión capaz de permitir nuestra existencia aquí y ahora. De no ser así no estaríamos aquí.

Los cosmólogos, gracias a la astrofísica, la física cuántica, la nueva biología, en una palabra a las ciencias de la Tierra, nos hacen ver que todo el universo se encuentra en cosmogénesis. Es decir,

está todavía en génesis, constituyéndose y naciendo, formando un sistema abierto, capaz siempre de nuevas adquisiciones y expresiones. Por lo tanto nada está acabado y nadie ha terminado de nacer. Por eso tenemos que tener paciencia con el proceso global, unos con otros, y con nosotros mismos, pues nosotros humanos también estamos en proceso de antropogénesis, de formación y de nacimiento. En la cosmogénesis y la antropogénesis sucedieron tres grandes emergencias: (1) la complejidad/diferenciación, (2) la auto-organización/conciencia, (3) la religación/relación de todo con todo. A partir de su primer momento, después del Big bang, la evolución ha ido creando seres cada vez más diferentes y complejos (1). Cuanto más complejos más se auto-organizan, mostrando mayor interioridad y niveles más altos de conciencia (2) hasta llegar a la conciencia refleja en el ser humano. El universo, pues, como un todo posee profundidad espiritual. Para estar en el ser humano, el espíritu estaba antes en el universo. Ahora emerge en nosotros como conciencia refleja y amorización. Y cuanto más complejo y consciente, más se relaciona y se re-liga (3) con todas las cosas, haciendo que el universo sea realmente uni-verso, una totalidad orgánica, dinámica, diversa, tensa y armónica, un cosmos y no un caos.

Las cuatro interacciones existentes, la gravitatoria, la electromagnética, la nuclear fuerte y la nuclear débil constituyen los principios rectores del universo, de todos os seres, también de los seres humanos. La galaxia más distante se encuentra sometida a la acción de estas cuatro energías primordiales, lo mismo que la hormiga que camina por mi mesa y las neuronas del cerebro humano con el que hago estas reflexiones. Todo se mantiene religado en un equilibrio dinámico, abierto, pasando por el caos que es siempre generativo, pues propicia un nuevo equilibrio más alto y complejo, desembocando en un orden rico en nuevas potencialidades. Una visión liberadora

La ecología integral procura habituar al ser humano a esta visión integral y holística. El holismo no es la suma de las partes sino captar la totalidad orgánica, una y diversa en sus partes, articuladas siempre entre sí dentro de la totalidad y constituyendo esa totalidad.

Esta cosmovisión despierta en el ser humano la conciencia de su misión dentro de esa inmensa totalidad. Él es un ser que puede captar todas esas dimensiones, alegrarse con ellas, alabar y agradecer a la Inteligencia que ordena todo y al Amor que mueve todo, sentirse un ser ético, responsable por la parte del universo que le cabe habitar, la Tierra.

Y la Tierra, según importantes científicos, es un superorganismo vivo, Gaia, con refinadísimos calibres de elementos físico-químicos y auto-organizativos que solamente un ser vivo puede tener. Nosotros, seres humanos, podemos ser el Satanás de la Tierra o su Ángel de la guarda. Esta visión exige una nueva civilización y un nuevo tipo de religión, capaz de re-ligar Dios y mundo, mundo y ser humano, ser humano y espiritualidad del cosmos.

El cristianismo está orientado a profundizar la dimensión cósmica de la encarnación, de la inhabitación del espíritu en la naturaleza y del panenteísmo, según el cual Dios está en todo y todo está en Dios. Más que hacer una tregua, es preciso que hagamos las paces con la Tierra. Cabe rehacer una alianza de fraternidad/sororidad y de respeto hacia ella. Y sentirnos imbuidos del Espíritu que todo penetra y de aquel Amor que, según Dante, mueve el cielo, todas las estrellas y nuestros corazones.

No sirve oponerse a todas las corrientes de la ecología. Hay que distinguir cómo se complementan y en qué medida nos ayudan a ser seres de relaciones, productores de patrones de comportamiento que

tengan como consecuencia la preservación y la potenciación del patrimonio formado a lo largo de 15.000 millones de años. Ha llegado costosamente hasta nosotros y nosotros debemos pasarlo adelante, enriquecido, dentro de un proceso sinérgico y afinado con la gran sinfonía universal.

CAOS GENERATIVO Y VIDA

La biología y la astrofísica son seguramente los campos que más han contribuido a una nueva visión del mundo (cosmología). A ella se llegó por caminos atormentados aunque complementarios.

Los formuladores de la física cuántica, como Niels Bohr (1885-1962) y Werner Heisenberg (1901-1976), en tantos puntos discordantes, convergían en que la física cuántica era buena para explicar fenómenos ligados a las partículas elementales, pero insuficiente para explicar la vida. “La vida muestra tal diversidad que sobrepasa la capacidad de comprensión del análisis científico”, sentenciaba Bohr en su famosa conferencia de 1932 sobre “Luz y Vida”. W. Heisenberg, de quien llegué a ser alumno en un seminario para doctorandos en mis tiempos de Munich (1967) refiriéndose a un diálogo con Bohr, concluía diciendo: “Soñamos con el día en que la biología se funda con la física y la química tan completamente como se fundieron la física y la química en la mecánica cuántica”. (*Diálogos sobre la relação entre biología, física y química*, de 1930-1932).

Ese día llegó con Ilya Prigogine (1917), Premio Nóbel 1977, al aplicar los principios de la física cuántica a los fenómenos alejados del equilibrio. Todo funcionó como se esperaba al mostrar que la vida emerge del caos (*Order from chaos*), por lo tanto la vida irrumpe de la materia alejada equilibrio. La vida representa auto-organización de la materia (autopoiesis).

Para captar la relevancia de dicha afirmación necesitamos superar la comprensión “materialista” de la materia y rescatar su sentido originario de mater (madre, de donde viene materia) de todas las cosas. La materia es energía densificada, es altamente interactiva, es fuente de espiritualidad como enfatizaba siempre Teilhard de Chardin.

Alcanzado cierto grado de complejidad de la materia, nos dice Christian de Duve (1917), Premio Nóbel de medicina 1974, en su famoso libro *Polvo Vital* (1995), la vida surge como imperativo cósmico en cualquier parte del universo.

Uniendo esta visión, en la línea de Darwin, con la teoría de la evolución ampliada, se gestó una visión coherente de todo el universo. Ya no hay compartimentos estancos y paralelos, de un lado seres orgánicos y de otros seres inorgánicos. Hay distintos niveles de complejidad y de órdenes dentro de un continuum cósmico de energías en inter-retro-conexión que articulan el orden-desorden-nuevo orden, haciendo surgir, en un determinado momento, la vida en toda su espléndida diversidad. Y dentro de la vida, como expresión de una complejidad todavía mayor, la conciencia refleja de los seres humanos.

Por más diversas que sean las formas de vida, todas provienen de un único ser vivo primordial, surgido hace 3.800 millones de años. Todos los seres vivos, desde los más ancestrales, pasando por el dinosaurio, los colibríes, los caballos y por nosotros, seres humanos, están formados por 20 aminoácidos y cuatro ácidos nucleicos. Este es el alfabeto universal

con el cual se escriben todas las palabras vivas: la inconmensurable biodiversidad de la naturaleza. Como consecuencia de una constatación científica todos somos fundamentalmente hermanos y hermanas, cosa que san Francisco, por el camino de la mística cósmica, ya había intuido hace 700 años. Si hacemos de este dato objetivo del proceso cosmogénico y biogénico proyecto de la voluntad política colectiva y propósito personal seremos capaces de transformar el mundo: surgirá una nueva democracia sociocósmica, un pacto social que no incluirá solamente a los seres humanos sino a toda la comunidad de vida, finalmente reconciliada consigo misma y con su raíz común: la materia sagrada y misteriosa del universo.

CURRICULUM VITAE

Leonardo Boff ha enseñado teología y ecología tanto en ámbitos académicos como en medios populares y pobres. Es uno de los teóricos de la *teología de la liberación*. Enseña como profesor emérito en la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Entre sus numerosos libros destacamos: *La dignidad de la Tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad* (2000), *El despertar del águila* (2000), *Ética planetaria desde el Gran Sur* (2001) y *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (2002).